

## RESEÑAS

Javier PÉREZ-EMBED WAMBA, *Las civilizaciones orientales: una introducción histórica*, Huelva, Universidad de Huelva, 2012, 312 pp. (ISBN: 978-84-15147-35-0).

Tradicionalmente, a los ojos de los europeos, Asia es un enorme continente, enigmático, cuna de todas las civilizaciones, de miseria y riquezas estremecedoras. Pero al detener la vista sobre ella, surge la diferenciación de un increíble mosaico de peculiaridades, de razas, de religiones y de formas de vida que parecen opuestas entre sí. Si queremos buscar, al menos aparentemente, un rasgo común a este inmenso continente, sin duda, sería el inmovilismo. El formalismo, el culto a los antepasados, la tiranía de las tradiciones, la convicción de que todo está hecho, todo está pensado pesa tanto sobre el hombre asiático que le impide la búsqueda de nuevas formas de vivir, de ser y de pensar. Esta doctrina de la no-actividad se llama en chino *wu-wei* y es común al taoísmo, al budismo, al confucianismo y, en general, a todas las doctrinas asiáticas. Pero el *wu-wei* tal como lo enseña Lao-Tse no es una filosofía práctica negativa; no se trata de no obrar, lo que aconseja es actuar, pero esta actuación ha de ser pasiva. Alan W. Watts explica este concepto con el siguiente ejemplo: “*El agua cede al cuchillo sin que el cuchillo pueda cortarla; es invulnerable porque cede*”. Un segundo aspecto que parece negativo es el escaso aprecio a la vida humana. Se trata de países superpoblados, y además, para el asiático, como para el cristiano, la vida en la tierra no es más que un episodio de una existencia mucho más dilatada. Por eso, para el asiático, no cuenta demasiado el

tiempo, la vida, ni la muerte. Otro aspecto de esta mentalidad es la sensación de casta, de pertenecer a algo que le regula la vida. Para alcanzar la felicidad sólo hay un camino: renunciar a los deseos. La meta del *wu wei* es no pensar. Este fatalismo impregna a las filosofías y religiones orientales. Por otra parte el medio geográfico –las inmensas llanuras de China, Siberia o la India, las enormes alturas del Himalaya; los inexorables monzones, etc.– determinan en el hombre una sensación de pequeñez e impotencia. Asia no está hecha a la medida humana. Lao-Tse dice: “*¿Quién es aquél que puede tornar limpia el agua turbia?: dejadla sola y quieta y veréis como ella, gradualmente, se torna transparente... Un viento, por violento que sea no destruye una mañana, tal es el curso de la Naturaleza. Y si la Naturaleza no es capaz de sostener sus esfuerzos largo tiempo, ¿qué podrá hacer el hombre? Obtened, pues un estado de vaciedad absoluta y conservad vuestro reposo*”.

Pese a todo este inmovilismo filosófico-religioso, las sociedades orientales evolucionan y se desarrollan a lo largo de la historia, se producen desplazamientos de pueblos asiáticos, tanto hacia occidente (cuyos efectos se dejan sentir en Europa), como hacia oriente y sur de Asia. En la inestabilidad del mundo asiático medieval actuaron dos factores: las continuadas invasiones de los pueblos nómadas y las periódicas crisis que ofrecen los imperios constituidos.

Hasta el siglo XX, al amparo de las potencias coloniales, no se impulsan los estudios sobre China, la India y otros pueblos de oriente, y sería en la segunda mitad del pasado siglo cuando, bajo el patrocinio de la UNESCO, se inicia la investigación histórica de las naciones “periféricas” que hasta entonces no habían tenido historia, siendo realizadas por historiadores propios. En España, se detecta fácilmente, la escasez de estudios sobre el tema, tan sólo contamos con la traducción de las más conocidas obras de síntesis y, la inclusión de algunos capítulos sobre la historia de China, la India, Japón, los territorios del sureste asiático o los pueblos de la estepa.

Por ello, la edición del presente libro, tiene una especial importancia. La obra está estructurada en diez capítulos, de los cuales cuatro se corresponden con el estudio de la civilización de la India –capítulos I, III, V y IX-, otros cuatro se dedican a la historia de China –capítulos II, IV, VI y VIII; el capítulo VII contempla la evolución de los pueblos de la estepa –turcos y mongoles-, y finalmente, en el capítulo X, se estudia la historia de los pueblos de la periferia oriental –Japón- y meridional de Asia –estados indianizados, Birmania, Indochina, Vietnam, etc.; así mismo aborda el estudio de la introducción del islam en algunos de estos territorios.

En definitiva, Javier Pérez-Embid, nos ofrece una obra de gran calidad académica y rigor científico y metodológico, pero al mismo tiempo de amena lectura. El libro constituye una aportación de inestimable valor para el estudio de las civilizaciones orientales.

Ángel Luis Molina *Molina*  
Universidad de Murcia